

## Una sorpresa tardía

El 18 de enero de 1945, el campo de trabajo de Czestochowa, una fábrica de municiones, es liberado de manos de los alemanes. Los liberadores se encuentran con una imagen espantosa: los trabajadores forzados judíos y polacos han sido tratados como animales por los secuaces nazis. Entre las figuras que abandonan el campo en ese frío y nevado día de invierno se encuentra una niña con la cabeza rapada: Edyta, de 13 años. Está cubierta de suciedad, tiene piojos y apenas puede mantenerse en pie por el hambre y el agotamiento. Además, padece tuberculosis. La niña ha cubierto una herida abierta con un trozo de pan. Unos hombres serviciales suben el esquelético cuerpo tembloroso de la niña al tren que les espera. El tren se detiene entre Czestochowa y Cracovia; los liberados deben bajarse. Edyta se arrastra hasta la sala de espera de la estación provincial y se derrumba exhausta en un rincón. Ya nada le importa. No puede más.

Meuser, Bernhard, Stenstundén, Fontis-Verlag, Basilea 2016, 71s.



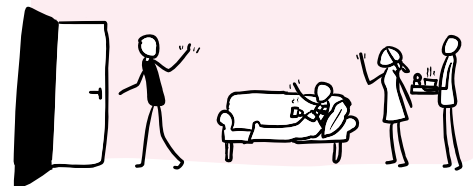
De repente, aparece un joven, evidentemente un sacerdote. Edyta se encoge instintivamente. Pero el joven no supone ningún peligro: es amable, se preocupa por la chica y le ofrece té y pan. Edyta apenas puede comer, tan débil está. El joven dice algo, le habla. Edyta reacciona. Sin pensarlo dos veces, se echa a Edyta al hombro y se la lleva. Edyta solo se da cuenta de que es un largo camino. El joven sacerdote es fuerte, un tipo atlético. Y Edyta no pesa mucho; ya es solo un montón de piel y huesos. Caminan kilómetros por la nieve hasta llegar a otra estación, otro vagón de tren. Allí hay caras conocidas; otros refugiados esperan allí para continuar el viaje. El joven habla con ellos. Pero también ve lo que las figuras tiritando de frío necesitan ahora con más urgencia. Consigue un viejo bidón y algo de combustible para que la gente no se congele.

Pronto arde un fuego humeante en el bidón. Los antiguos trabajadores del campamento recuperan un poco de vida. Se calientan

las manos, alguien incluso se ríe. Edyta ya puede volver a ponerse de pie, apoyada en la pared del vagón. Mira a su salvador, habla con él, le pregunta su nombre. El joven sacerdote le cuenta que tiene 24 años y que ya no tiene padres. También le dice su nombre. Es un nombre polaco sencillo, fácil de recordar. Edyta lo graba en su memoria. En algún momento, el tren se pone en marcha, en dirección a Cracovia. De repente, Edyta vuelve a sentir miedo. ¿Qué pretende su protector, que no se aparta de su lado? ¿Quizás quiere meterla en un convento? No, le tranquiliza el joven sacerdote y se ríe; la llevará a casa de una tía, donde estará bien y cálida, a un apartamento «lleno de gatos y tapizados»...

Edyta Zierer lo consigue por sus propios medios. Durante años vive en un sanatorio en los Pireneos franceses, donde recupera la salud. Luego, en 1951, emigra a Israel. En el barco conoce a su marido, con quien tiene hijos y lleva una vida matrimonial feliz. A lo largo de todos estos años, no olvida el nombre del joven polaco al que debe la vida. También lo tiene presente cuando, un hermoso día de 1978, está sentada en su apartamento en Israel hojeando un ejemplar de *Paris Match*. De repente, se detiene en una noticia: lee que un cardenal polaco ha sido elegido Papa. ¡Polonia! Oh, sí, el país de su infancia y juventud le resulta familiar. Sigue leyendo y se detiene en un nombre que le hace hervir la sangre. Edyta Zierer conoce las cinco sílabas de ese nombre como pocas cosas: Karol Wojtyła.

CRACOVIA - CZESTOCHOWA



IMPULSO

¡Lean esta historia! ¿Por qué es bonito hacer algo por los demás aunque no se obtenga nada a cambio? ¿Han vivido o hecho algo similar?